



Para remediar su mal—y evitar su fin ya cierto—piensa en este pobre muerto—el partido liberal

10 CÉNTIMOS

AL PIE DE LA TUMBA

Sí, gacela,
aquí el que no corre, vuela;
lo que tú hoy de mí, yo ayer
dije de ti á otra mujer.
Que los seres en amores
adiestrados,
todos son engañadores
y engañados...
Campoamor.

I.

No se asuste el lector: á pesar de lo fúnebre del título no voy á sepultarme en negruras espeluznantes. No es mi cuerda lo trágico; eso lo saben ya los que me leen de antiguo. La vida humana es demasiado cómica para ser tomada en serio, Y aun allí mismo donde aletea un dolor ó un desengaño surge la irisada mariposa de la alegría y con frecuencia el moscardón de lo ridículo.

El día de Difuntos amaneció para mí envuelto en crespones de íntima y profunda melancolía, y dejé acariciar mi alma por sus dedos fríos. Me acordaba de la *Tacones*... Pero tú no sabes quién era la *Tacones*, curiosillo lector, y yo voy á decirte.

II.

La *Tacones* era una jovencuela alegre, pequeña, vivaracha, de hermosos ojos, fina tez y cabellera espléndida, que vendía teas y ajos hace tres años en el mercado de Santa Catalina. Era huérfana y mantenía á su abuelita con el producto de su modesta mercancía; le sobraba gracia y descaro, y había que ver su aire picaresco cuando, metiéndoles la mano por los ojos á las criadas, chillaba como agudo clarín:

—¡Cinco cabezas por una perra chica!

Era bajita y esta falta pretendía suplirla con tacones altísimos: de ahí le vino el mote.

Murió la abuela y la *Tacones* no apareció más en el mercado.

Una noche de esas en que el cuerpo pide arrullos de amor entré en un café de la calle de... y allí me encontré de camarera á la *Tacones*. Iba vestida con coquetería, no tenía su cara la frescura que en el mercado de Santa Catalina, pero en sus ojos brillaba siempre la misma alegría, la misma pasión, la misma caricia incitante...

Entre doble y doble de cerveza nació un idilio; la *Tacones* se quejaba de punzadas en el costado y su tosecilla era seca, estridente, metálica. Por mi consejo dejó el café, y durante ocho meses el travieso diosillo embelleció las negruzcas paredes de un piso tercero de la calle de Carders.

¡Sólo ocho meses! Al cabo de ellos la tosecilla metálica pudo más que la *Tacones*, y la hermosa flor ajada y marchita dobló su tallo...

Entre sus antiguas compañeras y yo le costeamos un modesto enterramiento. Ayer, día de Difuntos, me dirigí al Cementerio, donde no tengo amigos ni parientes, para colgar en su nicho una corona de siemprevivas que me había costado cinco pesetas. ¿Qué era eso para lo que se merecía la pobre *Tacones*?

III.

Entre gritos, blasfemias, puñetazos y el desgarrar de mi americana tomé el tranvía con rumbo al lejano Cementerio.

De todos los *viajeros* estoy por asegurar que era yo el de más serio continente; reír y hacer chacota llevando una corona de siemprevivas en la mano me parecía una ridiculez.

Una señora que iba á mi lado le dijo á su vecina:

—Debe ser un viudo reciente...

Llegamos al Cementerio, invadido por multitud de ruidosas.

Al acercarme al nicho de la *Tacones* vi con sorpresa que una mujer joven, y muy guapa por cierto, se esforzaba por colocar un ramo de flores dentro de un jarrillo que no quería estarse de pie.

—¿Conocía usted á esta joven?...

—Ya lo creo; éramos íntimas amigas.

—No recuerdo haberla visto á usted nunca.

—Fuimos compañeras de café; yo no iba nunca á su casa; pero ella venía todas las tardes á la mía, mientras su hermano estaba en la oficina.

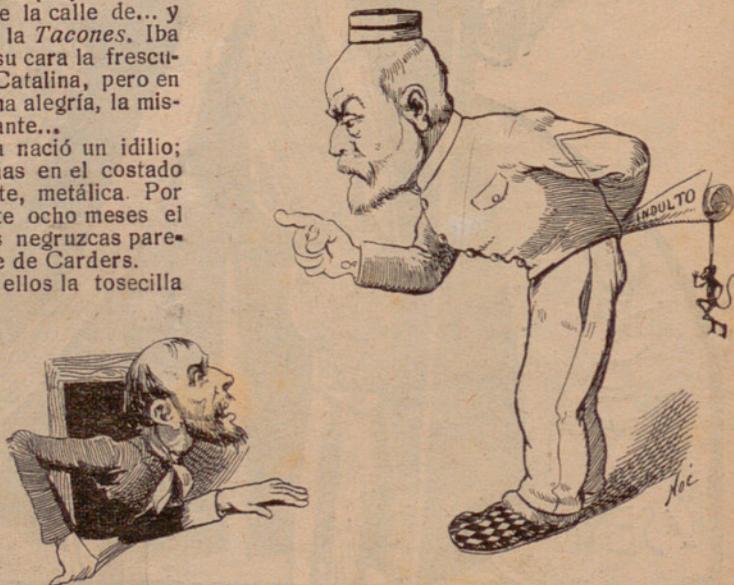
—¿Qué hermano?

—¡Toma! El que vivía con ella en la calle de Carders. Bien esclava la tenía á la pobrecita; apenas la dejaba respirar... ¡Cuántas veces me lo dijo! Si no fuera porque estoy enferma y me mantiene... Pero... ¿caso es usted el hermano?...

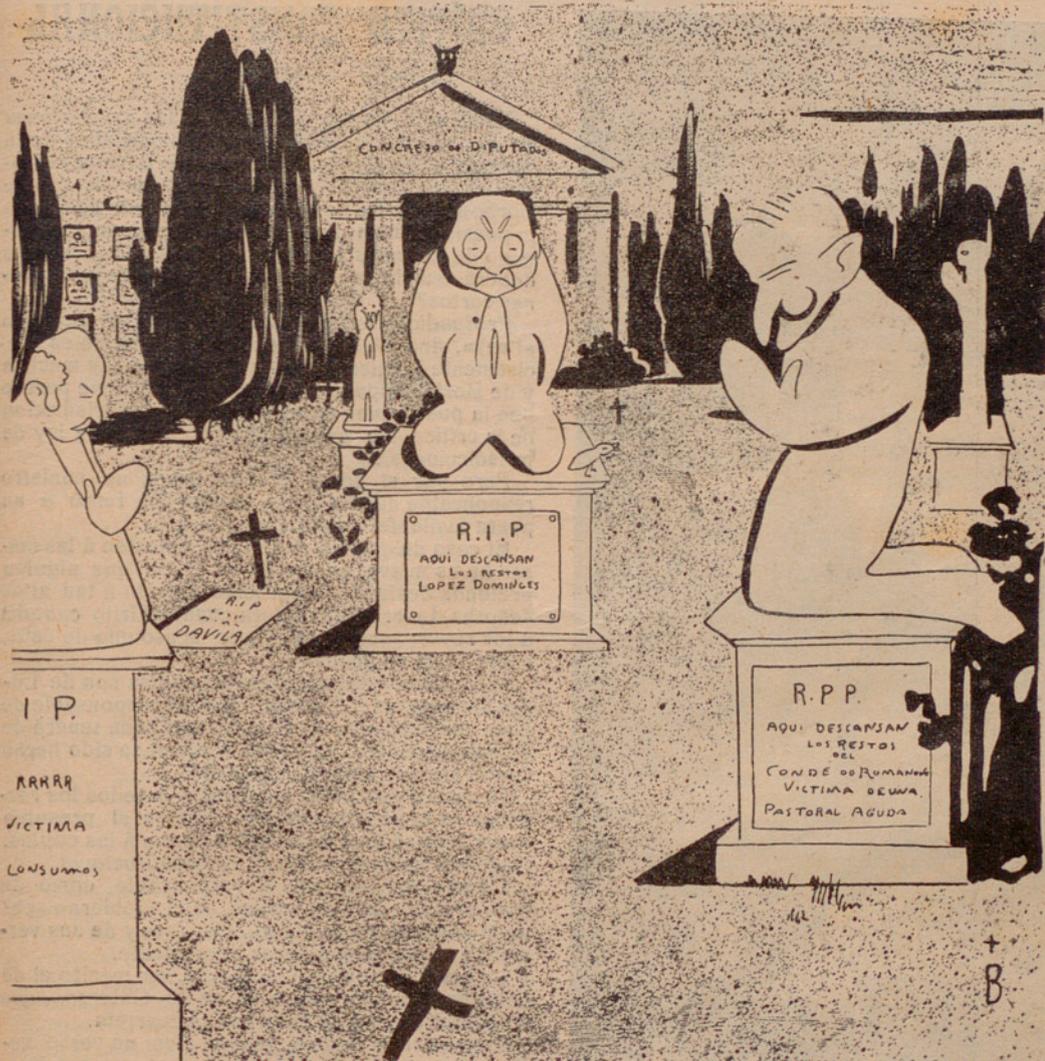
—No, señora.

—¡Ah! Ya caigo, usted es el otro, el empleado de casa Juncosa... Siquiera es usted un hombre decente que aun se acuerda de ella... En cambio, el perdido del músico ni siquiera una flor... Y, eso sí, en vida muchos mimos y muchos arrumacos... Ya se lo decía yo todas las tardes, despues que él se marchaba: Ese tío no te quiere más que por su egoísmo. Y no me engañaba...

Para no cansarte, lector, te diré que la mujer fué



—Mi general ¿por qué ha hecho usted la salida tan pequeña?
—Para que los pocos que salgan indultados tengan que hacerlo arrastrándose.



Pensando en el chasco que han largado al pueblo, al que torpes burlan por servir al clero, celebrando alegre

su próximo entierro dije sin rezarles ni un mal Padrenuestro. ¡Es justo que solos se queden los muertos!

hablando y yo tirándole de la lengua, de lo que saqué en limpio que la angelical *Tacones* se entretenía con un chocolatero de Juncosa y que todas las tardes recibía en casa de su amiga la visita de un músico del regimiento de Albuera mientras yo escatimaba los cigarros y el café para frascos de Somatose.

Yo no me atrevía á mirar siquiera la inscripcion del nicho; sentía ira y asco al mismo tiempo.

Embebidos en la conversacion llegaron las primeras sombras de la noche. La gente se apresuraba á evacuar el Cementerio. Mi compañera dijo:

—¿Nos vamos?

Yo tenía todavía la corona en la mano:

—¿Y qué hago con esto?

—Déjela usted por ahí, en cualquier parte ..

¿Dónde vamos á ir con ese estorbo?

La tiré al pie del nicho. Un ramalazo de aire volcó el ramo de flores y los cascotes del jarrillo se confundieron con la corona.

La oscuridad se iba haciendo cada vez más densa; mi compañera se agarró á mi brazo para no tropezar.

El tomar el tranvía fué una epopeya; veníamos apretados como sardinas... La amiga de la *Tacones* se reía como una loca...

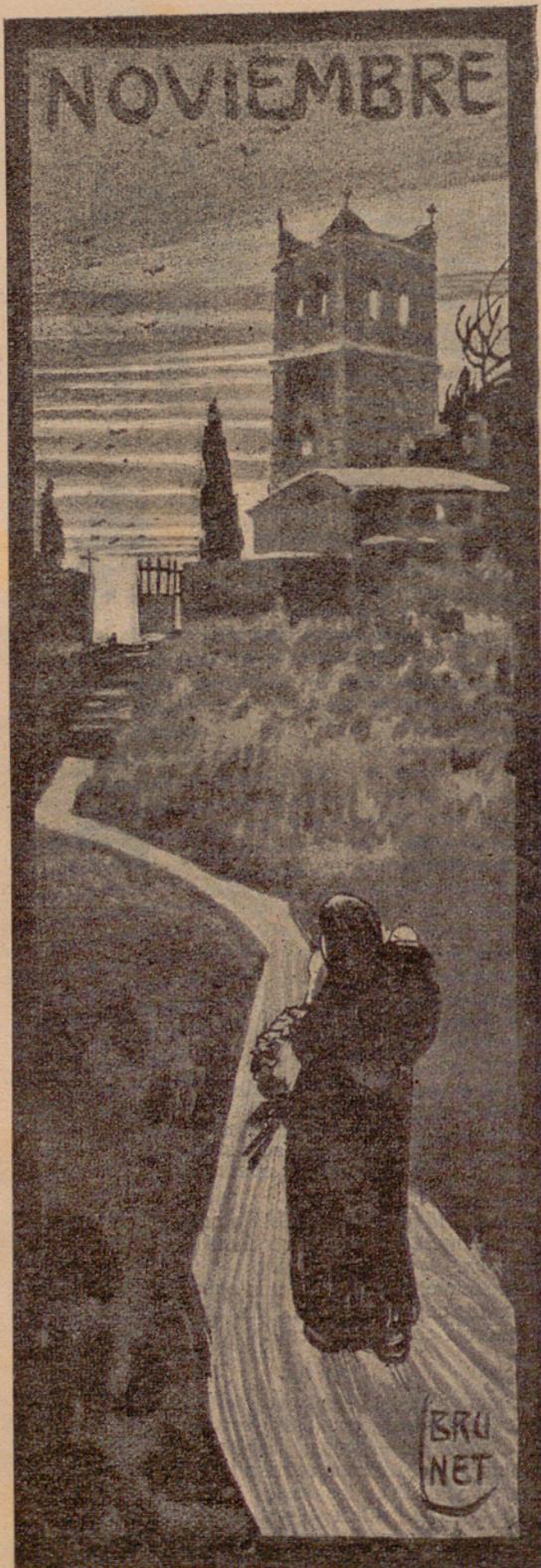
IV.

Cenamos en la Peña, vimos dos actos de *Tenorio* en el Español, comimos buñuelos en la calle del Conde del Asalto, bebimos manzanilla en Buenos Aires, hicimos el *resopó* en casa de *Cullaretas*, y como eran las dos de la mañana y mi amiga dijo que la reñiría su madre *si iba tarde*, no tuvimos otro remedio que acogernos á una de esas bienhechoras posadas que, como las boticas y las funerarias, están abiertas toda la noche...

Bien ajeno estaba yo, de suponer que esta aventura brotaría al *pie de una tumba*.

FRAY GERUNDIO.

CRÍTICA CONSTITUCIONAL



Noviembre, mes frío y gris,
mes del dios de la guadaña,
del buñuelo y la castaña,
el mes de nuestro país,
el mes de la muerta España.

Heme aquí, lector, sumido en las confusiones de un conflicto constitucional. Un periódico de la Habana ha publicado, y alguno de España reproducido, una poesía (?) con la firma de Alfonso de Borbon, y yo me pregunto: ¿Se puede decir que la poesía es mala no estando refrendada por ninguno de los ministros responsables? ¿Cuál de ellos deberá asumir la responsabilidad de esos renglones cortos?

Profundicemos en el caso. La firma no dice «Yo el rey», sino «Alfonso de Borbon», que no es precisamente lo mismo, porque Alfonsos hay muchos y de Borbon algunos. Con este distingio me parece que la poesía bien caerá dentro de la jurisdicción de la crítica sin que la crítica caiga en la ley de jurisdicciones...

Pero por si acaso prepararemos un ministro responsable que haga de cabeza de turco ó un poeta fusilable constitucionalmente.

El caso de que los soberanos molesten á las musas no es nuevo; pero sí lo es el de que alguien pretenda desfacar el entuerto inferido á tan altas señoras. La crítica fué dura cuando Grilo cantaba á los reyes; ¿qué hacer si por acaso uno de éstos canta como un grillo?

¿Qué hacer? Suponer que las coplas son de Lopez Dominguez, ó, mejor, que el responsable de ellas sea Romanones, con lo que nada tendrá de extraño la cojera de algun verso si ha sido hecho con el pie quebrado del ministro.

Hechas, pues, estas salvedades á todos los respetos—á la fuerza ahorcan—debidos al presuto poeta, vamos á no guardarles tantos á las coplas. Hagamos un ensayo de crítica constitucional.

Conste que para mí el responsable, como de todo lo malo, de esos versos, es el Gobierno ¿eh? nada más que el Gobierno. De éste y de sus versos ya se puede murmurar ligeramente.

La composicion tiene como primer mérito el de venir en tercetos, cosa rara en el Gobierno, que sólo se preocupa en hacernos la cuarteta.

Por ese lado hemos ganado algo: un verso menos. Siempre es de apreciar cuando no son buenos.

En ello vemos la mano de Navarrorreverter. No por la economía de un verso, si que por haberse quedado con los cuartos... de los cuartetos.

Empieza. No Navarrorreverter, sino la poesía de que es responsable todo el Gobierno:

«¡Me hiere tu desdén! Mas en mi duelo...»

A ver, ¡que venga Becerra del Toro! Ahí hay un delito, además de un ripio, y aun dos delitos, según definiría el baron de Albi. Un atentado y lesiones cometido por el desdén, y otro de duelo... á ripio cometido por el Gobierno, poéticamente responsable,

«¡Me hiere tu desdén! Mas en mi duelo
(pronto vino el consuelo)

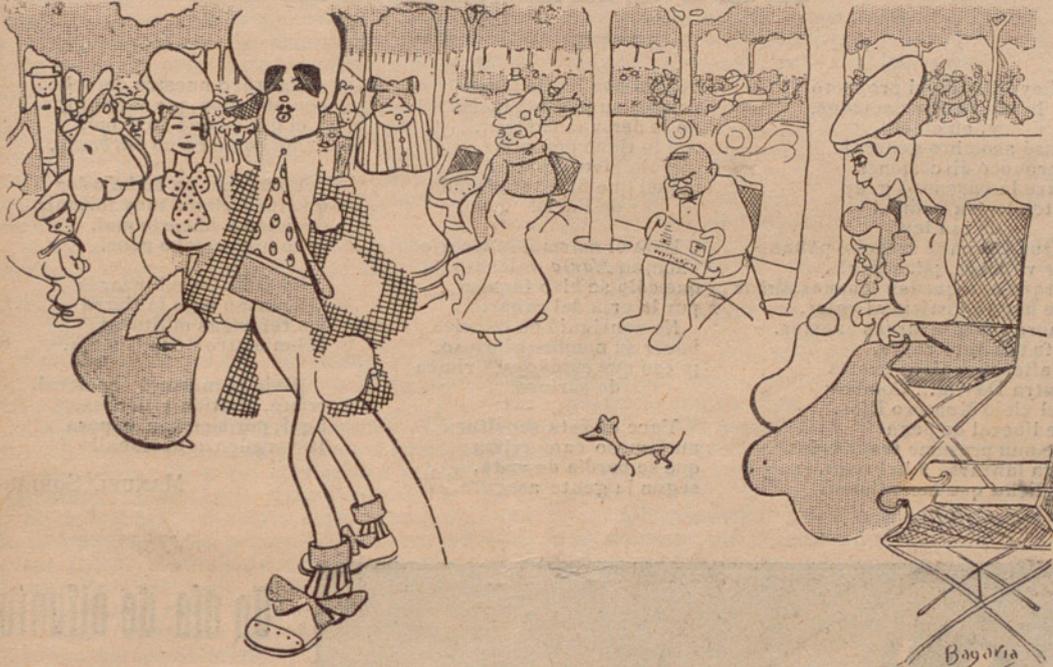
existe aquella fe de los titanes
que pretendieron escalar el cielo.»

Sabíamos de la fuerza de los titanes, de su fe ¡ni una palabra! Mal andamos de fe.

«No importa de tu boca la sonrisa
ni de tus ojos negros relumbrantes
la mágica mirada que esclaviza.»

Nada, nada importa todo eso. ¡A mí... plin! Pero sí que importa el no hacer *sonrisa y esclaviza* consonantes, porque no lo son de ninguna manera, aun cuando se dijete *al efecto* una real orden. Bueno, quedamos en eso ¿eh? La sonrisa y la

El Tenorio moderno



Ya don Juan no es pendenciero,
ya no es decidor ni audaz;
hoy se peina á lo Merôde,
lleva flor en el ojal

y convence á las Ineses
con su olor á opoponax..
Para los tiempos que corren
sobra con este don Juan.

mirada que esclaviza, y no consueñan, nada nos importa. Vamos á lo importante:

«Yo quiero de tus labios entreabiertos uno de aquellos besos amorosos...»

Esos puntos suspensivos no son nuestros, son de la composicion; pero nos sirven para meditar un momento en que el poeta pide ¡un imposible. ¡Ahí es nada los besos de unos labios entreabiertos! Los besos son siempre, si han de ser besos, con los labios bien apretados. ¡Así: ¡Chut!

Completemos la idea:

«Yo quiero de tus labios entreabiertos uno de aquellos besos amorosos... capaz de revivir hasta los muertos.»

No es muy poética la locucion y hasta ¡qué demonio! es bastante vulgar; pero, en cambio, es poco gramatical por faltarle un *á* que no ha de ser precisamente con extrañeza, porque es lo que le sienta mejor al beso de los labios entreabiertos.

Sigamos y acabemos:

«¡He de triunfar! ¿Qué importa que el Destino con su mano fatídica me alfombré de cardos y de bombas el camino?»

¡Caracoles! ¡Vaya si importa!

«Por tí ¡oh Ena! el corazon palpita.»

Durillo es el verso. Pero ..

«Por tí ¡oh Ena! el corazon palpita,

y si á mí no te rindes por ser Fausto

¿Eh?

Sé tú, mi candorosa Margarita.»

¿Cómo? Eso es un galimatias imposible.

¡Qué versos, señor, qué versos! Pero, aun cuando son malos, no son, no pueden ser, del rey por... varias razones.

Se habla de un desdén que nunca ha existido más que en clase de ripio.

Se mientan unos *ojos negros* y la interesada los tiene azules, y esto no podía ignorarlo el poeta si éste fuera el que se dice.

La composicion, por lo deslabazada y sin asunto, denuncia á la legua á un *sinsonte* americano.

Y, por último, el aconsonantar sonrisa y esclaviza es de *pura* sangre americana, porque sólo teniendo costumbre de decir *esclavisa*, con *ese*, puede el oído aconsonantar de esa manera.

Como la composicion se ha publicado en el *Figaro* de la Habana, el caso no ofrece lugar á duda, ha sido .. *rica guayaba*.

Que aquí se ha tragado algun colega.

Y vuelvo al principio inmanente de mi crítica constitucional: el Gobierno tiene la culpa de todo, ¡de todo!

A estas horas ya debería haber enviado un *ultimatum* protestando de que se atribuya á quien se atribuye esa poesía, obra desdichada del *último atun* de la Redaccion del periódico habanero. Por ahí anda la *mano oculta* de la Redaccion.

Conste que los versos son rematados, aunque no sean del rey.

Y que á alguien se la han dado con *gruyère*.

JERÓNIMO PATUROT

Constitucionalmente crítico

ACTUALIDADES

Leyó Dávila el proyecto de la ley de Asociaciones, y, en efecto, causó asombro general y provocó discusiones entre la carcunda grey y la tendencia radical de esa ley.

Don Bernabé escuchó palmas por valiente, ¡sí, señor! porque aun quedan buenas almas que hagan justicia al valor. Maura y sus bizarras huestes, ante tan duro revés, se alteran y dicen pestes contra Dávila... Combes; y el viejo Montero Ríos, ese liberal de pega que aun presume tener bríos para lanzarse á la brega, ha dicho que incontinenti

votará con los de fuera como á su yerno Vincenti no le den una cartera. Así lo tiene pensado (sépallo bien el país), ¡aquel que firmó el tratado de París!

Bajo el mármol funerario yace un *Marte* valeroso que sólo se hizo famoso por la cría del canario.

No consiguió en la pelea hacer su nombre glorioso, ¡y eso que estuvo en Crimea de curioso!

Yace en esta sepultura un famoso camorrista que se perdía de vista, según la gente asegura.

Mantuvo nuestro derecho con un valor que espantó, y el día en que lo firmó, firmó como en un *barbecho*.

Yace aquí un embajador que fué á Roma muy formal, decidido á hacerlo mal, ¡y lo hizo mucho peor!

Víctima de mil azares descansan bajo la tierra las reformas militares del ministro de la Guerra.

¡Bajo el mármol sepulcral, triste, abatida y llorosa, aquí, por siempre, reposa la vergüenza nacional!

MANUEL SORIANO.



—¿Qué le parece á usted la traducción que acaba de hacer Dávila del francés?

—¡Oh! La ha hecho por puro entretenimiento, seguro de que no encontrará quien se la edite.

Un día de difuntos

Seguro estoy de que cuantos, allá por el 1885, fueron compañeros míos de internado en el célebre colegio que dirigía *monsieur l'Abbé*, se acordarán, al llegar esta época del año, de aquellos dos gemelos que tan poco tiempo vivieron con nosotros y á los cuales habíamos bautizado con el apodo de «las momias»

Yo fui el primero que los vió y el único que presencié su entrada en el colegio. Les acompañaba un anciano de aspecto distinguido y bondadoso, y mientras aguardaban que el director se presentara tomaron los tres asiento en el viejo sofá de la antesala. Allí les ví y pude contemplarles á mi sabor. ¡Qué cuerpecitos aquellos!... La vida parecía escapárseles por instantes: así estaban de flacos y descoloridos. Sólo tenían ojos, unos ojos grandes y claros en los que se había refugiado la poca vida que les quedaba.

El anciano, acariciando sus lacias cabelleras, les decía:

—Sed buenos, hijos míos; yo vendré á veros con frecuencia. Si acaso no os gustase permanecer aquí, decídmelo y volveréis á mi lado. Yo os traigo aquí porque mi tristeza aumenta cada

día y no sabría cómo alegraros. Jugando á ratos, á ratos trabajando un poco, charlando con otros de vuestra edad, olvidareis pronto vuestra desgracia y adquirireis fuerzas y alegría... Ya sabeis, pobres hijos míos, que os quiero con toda mi alma y que si vuestra madre ha muerto... ¡aun os queda este pobre abuelito que sólo por lo mucho que os quiere tiene valor para separarse de vosotros!...

Dos gruesos lagrimones asomaron en los ojos del anciano y su rostro se descompuso de tal modo que yo mismo estuve á punto de echarme á llorar. Los dos gemelos levantaron sus exangües cabecitas, miraron al abuelo cariñosamente y uno de ellos le preguntó:

—¿Es verdad, abuelito, que mamá está en el cielo con la Virgen, los santos y los angelitos?

—Sí, hijos míos.

—¿Y nosotros la veremos allá?

—Si sois buenos, sí.

Las caritas de los dos muchachos se colorearon ligeramente y en sus labios se dibujó una tenue sonrisa.

En aquel momento entró el director. El anciano y los niños se levantaron y fueron á su encuentro. Yo escapé de allí y fui corriendo á contar á mis camaradas cuanto había visto y oído.

Poco despues, y mientras estábamos jugando en el jardín, nos fueron presentados. El temido *monsieur l'Abbé* los traía de la mano; los recomendó al ayo que cuidaba de nosotros durante las horas que no eran de clase y al marcharse nos dijo:

—Aquí tenéis dos nuevos compañeros; mucho cuidado con inquietarles.

Cuando el director estuvo fuera, corrimos todos al lado del ayo, rodeando á los dos niños.

—¡Qué parecidos son!—dijo uno de nosotros.

—¡Pues si parecen aquellos cadáveres que se conservan siempre!—dijo otro mirando luego al ayo.

—Diga usted—añadió—: ¿cómo se llaman aquellos cadáveres que nos explicó usted que se conservaban tantos años?

—Momias contestó el ayo.

—¡Vaya unas momias!—dijimos tres ó cuatro á la vez.

Y «las momias» se llamaron desde entonces.

«Las momias» no despegaron los labios en todo el día. Asistieron á las clases y al recreo de la tarde, siempre calladitos; con la cabecita caída sobre el pecho y sin separarse del ayo. A veces levantaban los ojos para mirarse, se cogían de las manos y volvían á quedar ensimismados. Al acostarnos vi que al lado de mi cama habían colocado la de ellos. Era un poco más ancha que las nuestras, pues, al parecer, había pedido su abuelo que se les permitiera en el colegio dormir juntos, como en su casa. «Las momias» se desnudaron, se arrojaron sobre la cama y oraron por su madre; luego se escurrieron entre las sábanas y se durmieron abrazados.

El día siguiente era festivo. Se celebraba en el colegio la festividad de Todos los Santos y el recreo duraba parte de la mañana y toda la tarde. «Las momias» parecían menos tristes. Contestaban á las preguntas que les hacíamos y escuchaban con muestras de asombro y ligeros asomos de alegría lo que nosotros les contábamos de nuestros juegos.

—¡Ya vereis, ya vereis qué cuentos y qué cosas nos explica el ayo!—les decíamos nosotros.

Porque es de saber que el ayo era para todos un

sér distinto de los demás de la casa. Sabíamos de él que iba al teatro, que fumaba, que todos los años iba en ferrocarril á su pueblo y una porción de cosas más que le colocaban, en nuestra mente, muy por encima del mismo *monsieur l'Abbé*, que no se movía de su cuarto y no sabía leer más que latines; ¡Al ayo sí que le envidiábamos!

«Las momias» aquel día confieron un poco más, y cuando, despues del yantar cotidiano, fuimos al jardín, consintieron en jugar con los demás internos, pero estaban tan débiles, que pronto hubieron de sentarse. Entonces unos cuantos de nosotros nos fuimos á su lado y rogamos al ayo que nos contase algo de teatros.

El ayo comenzó á explicarnos las escenas de *Don Juan Tenorio* y su relato, salpicado de largas tiradas de versos que el muy taimado se sabía de memoria, nos interesó en extremo.

Escuchábamos todos con un palmo de boca abierta. «Las momias», sobre todo, parecían gozar la mar; tanto, que cuando el ayo terminó le preguntó uno de ellos:

—¿Y se fué al cielo Don Juan?

—¡Ya lo creo!—contestó el ayo sonriendo.

—Mamá lo verá, pues, porque Mamá está en el cielo.

—¡Oh! ¡Es muy grande el cielo! Cuesta mucho allí tropezar con un conocido.

—Y entonces—institió de nuevo el chico—, nosotros, cuando vayamos al cielo, ¿no la encontraremos?

El ayo hizo un gesto de desagrado.

—¡Qué sé yo!...

Y luego, como hablando consigo mismo, dijo en voz baja, pero que lo oyeron «las momias»:

—¿Por qué engañarán así á estos bobos?

Y en voz alta:

—En el cielo no ha estado nadie todavía, y si alguno ha ido y lo ha visto no ha vuelto por acá á contárnoslo.

Y se puso á contarnos otra cosa.

«Las momias» se miraron: sus ojos se llenaron de agua; sus cabecitas cayeron de nuevo sobre el pecho y ya no volvieron á despegar los labios en todo el día.

Durante la cena no probaron bocado, y, llegada la noche, vi que se acostaban y que se abrazaban llorando. Pero no hice caso y me dormí tranquilamente.

Vosotros, los que hace veinte años erais compañeros míos de colegio, ¿os acordais de aquel día de Difuntos? ¿Os acordais de aquella mañana fría y lluviosa en que todos, alumnos y profesores, rodeábamos la camita de «las momias»?...

Sus cuerpecillos, estrechamente unidos por un abrazo, estaban helados. A los pies de la camita lloraba amargamente el anciano abuelo, y en la cabecera el temido *monsieur l'Abbé* les contemplaba, dominando apenas la emoción que le embargaba.

Luego nos despedimos. Uno á uno fuimos depositando en sus caritas un beso de eterna despedida...

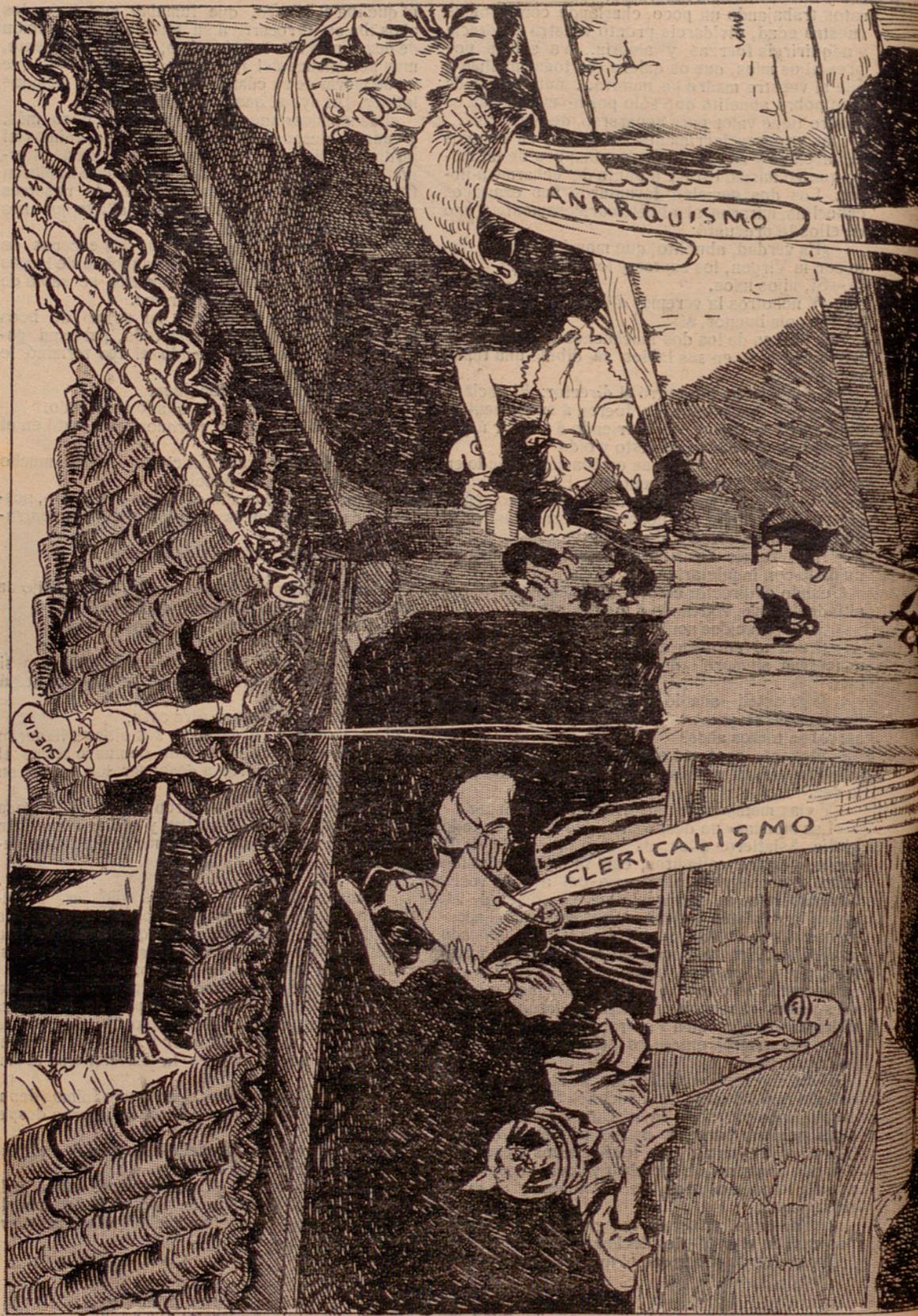
Solo el ayo faltó... Aquel día gozaba de permiso y se había marchado á correrla.

¡Pobres «momias»! ¡Cuántas veces en la vida otros ayos, disfrazados de filósofos, han muerto en flor mis ilusiones y han hecho que me acordara de vosotros!...

CARLOS JORDANA.



LA VECINA POBRE



LA TIA LEONA (sin atreverse á chillar como en otros tiempos). — Vecinas ¡por favor!... Bueno que se quiten ustedes la porquería; pero no me la echen encima.
TODAS LAS VECINAS (con desprecio). — ¡Fastidiarse y no vivir debajo de todas!

EL ÚNICO ESPAÑOL

Ramon y Cajal ha merecido los honores de una recompensa que en todas partes se estima alta y honrosa.

Dicen que es hombre modesto y que este premio Nobel ha sido para él una sorpresa; pero yo declaro que los más sorprendidos somos los españoles en general, reñidos con las ciencias y ajenos en absoluto á los arduos problemas de la histología moderna.

Se concibe perfectamente que un Jurado extranjero premie las múltiples obras de Echegaray ó que acepte sin reparo las poesías de Unamuno. Leído por un derviche, el *Salmo* del rector salmantino, debe ser prodigiosamente dulce, sobre

todo si este derviche desconoce la lengua española. Por eso todo *quid pro quo* en la concesion del premio literario se explicaría como un grave y disculpable error filológico, añadido á los muchos que aparecen en los libros y revistas.

Pero nadie puede oponer la menor objecion al legítimo triunfo de don Santiago Ramon y Cajal. Si le han otorgado el premio, es porque lo tenía bien conquistado, despues de los numerosos trabajos científicos á que dedicó la mejor parte de su vida.

En tanto que los otros españoles perdían batallas ó disputaban miserablemente en el Congreso y en la plazuela; en tanto que todos dormían peerezosamente ó se afanaban por vivir sin esfuerzo, el noble pensador ponía sus puntos en una difícil tarea. El solo, en un país indolente y miserable, ha logrado atraer sobre sí la atencion de los hombres instruidos de otros países.

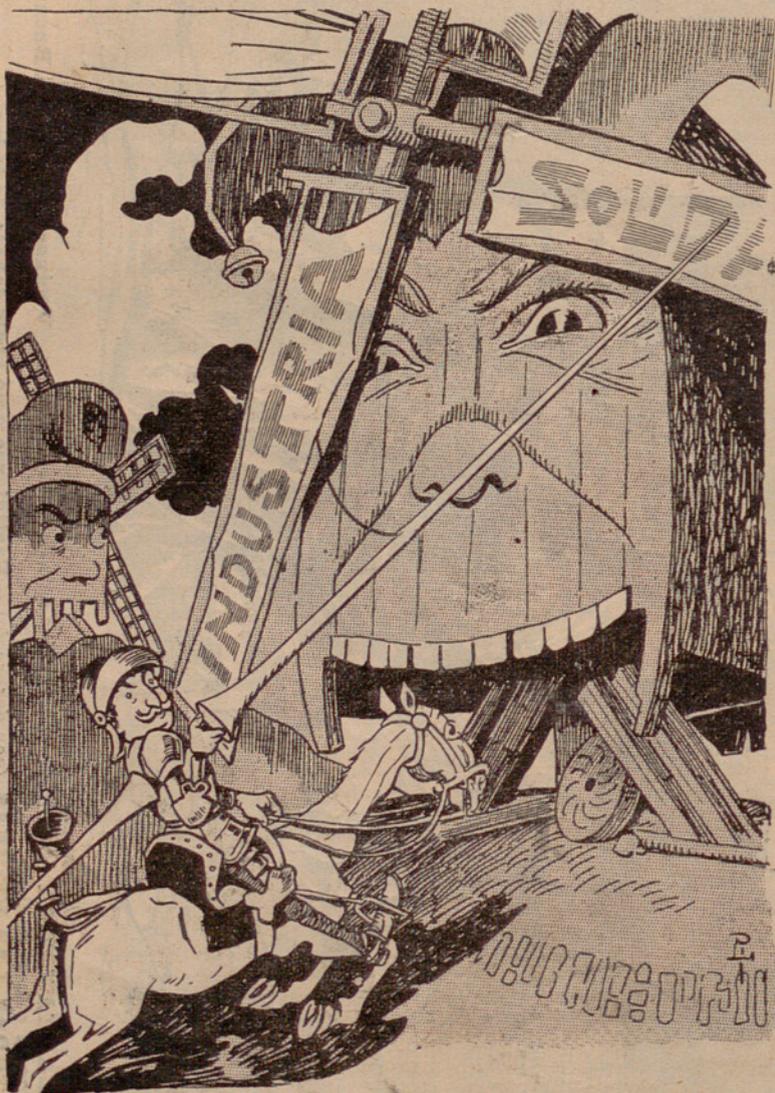
Para él esto equivale á una hermosísima compensacion de pasados sufrimientos y de angustiosos días de prueba. Mas para nosotros es vergonzoso tener que afirmar, tras esa victoria de uno solo, que no hay en España más español que Ramon y Cajal y que sólo él ha podido enaltecer el nombre de su patria.

¡Ah! yo no diré que á nuestro pueblo se le conoce únicamente ahora, con motivo de la distincion á que se ha hecho acreedor uno de sus hijos. Sería una afirmacion gratuita.

Esta pequeña nacion es famosa por la iniquidad de su Gobierno y por la cobardía de los gobernados. Tiene en su proceso de Montjuich un estigma mil veces más afrentoso que *l'Affaire* francesa, cancelada por la rehabilitacion de Dreyfus y el encumbramiento de Picquart. Es una deshonra que persistirá muchísimo tiempo y que manchará á los españoles cuando ya no exista la patria.

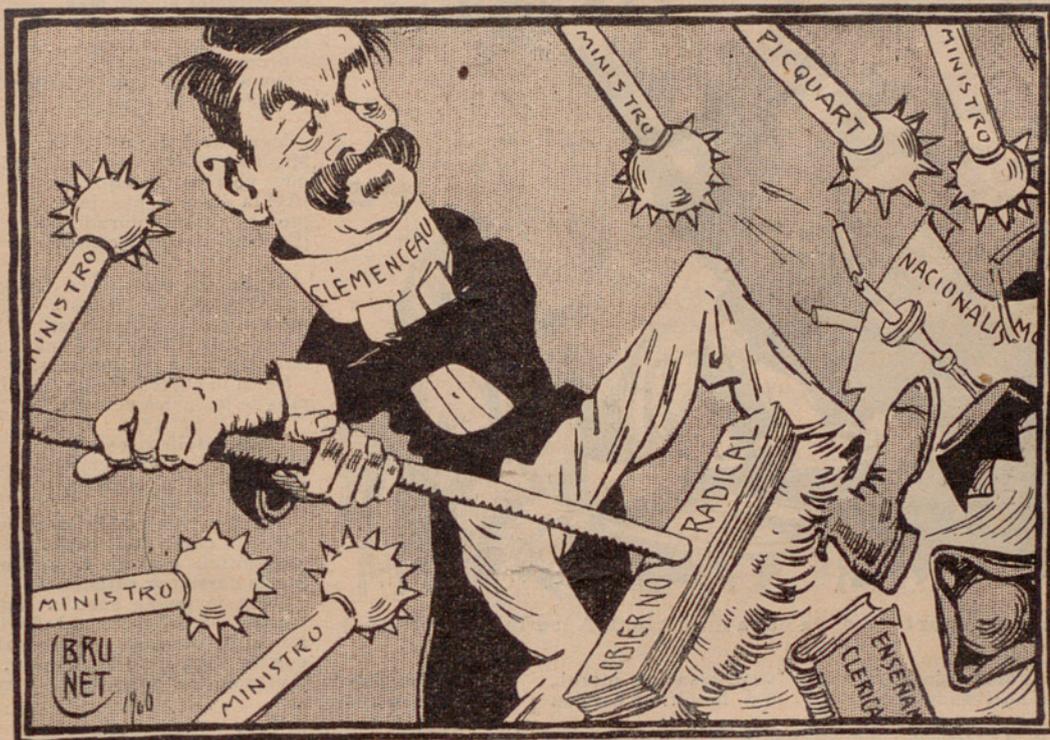
Nuestras leyes son malas y se interpretan siempre por el lado peor, lo cual equivale á torcerlas, con agravio de la justicia. Mientras Francia puede ofrecer al mundo ejemplos de piedad y tolerancia, como la reparacion otorgada á d'Etallonde y la revision del proceso Dreyfus, nosotros nos limitamos

El símil eterno



Como don Quijote no escarmenta, hay que recordarle á menudo esta aventura para que no olvide sus dolorosas consecuencias.

La última moda francesa



¡A ver quién es el guapo que se atreve a introducir en España este hermoso figurín, aunque sea un poco reformado!

á renovar en Madrid las torpezas cometidas en Barcelona y detenemos la acción de la justicia por temor á que la justicia se cumpla.

PRÓSPERO.



Apenas han empezado los debates en las Cortes, el general Lopez Dominguez se ha tenido que meter en cama y quedarse en casa.

Por lo visto, el pobre general, al ver que empezaba á oler á chamusquina, se habrá repetido su celeberrima frase, adaptándola á las circunstancias:

—¡A las Cortes ó á mi casal el general se habrá dicho; y en su casa se ha encerrado para escapar del peligro.

Los amigos del general han dicho, para disculpar su ausencia del Parlamento, que don José estaba afónico.

La disculpa no ha podido estar mejor buscada.

¡Qué va á hacer un hombre afónico en un Parlamento de charlatanes!

Y si para mantener el embuste el general tiene que

fingir la afonía, tampoco le será difícil desempeñar bien el papel. ¡Tiene tan pocas cosas que decir!

Una de las frases de Unamuno que cayeron como bombas en el Ateneo era aquella que reza: "Más vale ser leon muerto que perro vivo."

Es antigua como el Eclesiastés. Y, además de esto, la repitió Voltaire dos veces, una de ellas en carta á Federico el Grande.

Los intelectuales de provincia son terribles.

Sumiso y disciplinado en Madrid, el señor Lerroix mantiene vivo el fuego de la rebeldía en Barcelona y Zaragoza.

Es, tal vez, porque en la capital no le sería cómoda otra postura.



Los personajes de que más se ha hablado la pasada semana.



Cómo se reparte la sopa boba municipal. A los laicos, ¡ni agua!

El gobernador ofrece una "compensación moral," á los aficionados que asistieron á la última corrida de toros.

Tiene gracia. Es lo mismo que si el Gobierno, para premiar los altos servicios de un funcionario, le ofreciese tan sólo una corona cívica.

Moralmente ya estaría pagado de sobra.

Los amantes de la sacrosanta tradición se aprestan á combatir rudamente el anodino proyecto de Romanones para que la promesa valga tanto como el juramento.

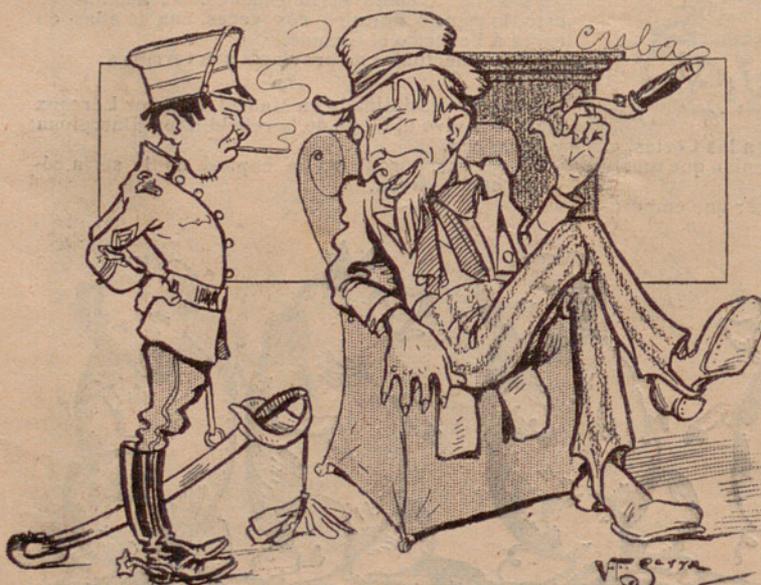
Los buenos tradicionalistas quieren que sigamos jurando como hasta aquí. Nosotros creemos que con

Entonces él será el primero en pedir que lo arrojen al negro Tártaro.

Recitó gravemente un bello *Salmo* á la manada numerosa y quieta, y todos ven un esplendente poeta unido al pensador tan sutil y alma.

Tarascon, conmovido, se levanta, su amor ofrece al imperial asceta, y, en el café, el garito y la gaceta, le brinda el premio de victoria santa.

Pero, en su ruta, el viajador oscuro, que del hotel á los ingleses bota, contra Unamuno chillá y se alborota y escapar sabe al pérfido conjuro.



—Tío, ¿se puede saber dónde tiene usted las cosquillas?
—En la caja, primo.

dejarnos prometer se nos permite poco. Los que nos sonreímos de la tradición y de otras cosas necesitamos mucho más.

Se nos debe consentir jurar ó soltar un terno, ó prometer, á elegir, y hasta hacer lo que el Gobierno, prometer y no cumplir.

Manzano á Madrid se va. Mas no hay que alegrarse, ¡quién pues volverá por aquí... ¡Ay! la dicha es pasajera; ¡no hay ventura duradera!... ¡Paciencia! ¡s'ha de pati!

Se ha constituido en Lisboa una Comisión de protesta nacional contra los Consumos.

Veremos si esta vez España se anticipa á los portugueses.

Sería lo único en que habríamos de llevarles ventaja.

Unos católicos escribieron al obispo de Tuy anunciándole que recibirá en el cielo el premio de sus trabajos.

Si allí arriba no hay contribuyentes á estilo de España, creemos difícil que Su Ilustrísima pueda darse por satisfecho.

Todavía puede suceder que, cuando el belicoso prelado llegue al Paraíso, se tropiece allí con un Gobierno Clemenceau.

La Prensa ha matado al libro.

Esta es una frase hecha que emplean los que en su vida han gastado una peseta en un libro de enseñanza ni en una mala novela (y al decir malas no aludo á las que Maucci nos suelta, traducidas del francés á una incomparable jerga que tiene de castellano lo que Unamuno de ciencia).

La Prensa ha matado al libro, dicen todos, y se quedan satisfechos como quien ha dicho una cosa buena. Pues bien; yo, que jamás voy, como los burros, en recua; yo que acepto cauteloso las opiniones ajenas; yo, que tengo á galardón discutir lo que otros piensan, y yo, que jamás acepto porque si las frases hechas, sostengo, digo y repito que mientras haya en la Prensa caballeretes que escriban sin saber lo que se pescan no hay temor de que los libros el puesto á la Prensa cedan. Y como yo por costumbre

tengo el discutir con pruebas tomo *El Liberal*, lo leo y doy gusto á las tijeras.

El primer disparate gordo con que tropiezo dice así:

"En Abraules, pueblo de la provincia de Cartagena, etcétera, etcétera."

¡Hasta la Geografía van á trastocar los periódico del *trust*!

¿De dónde diablos habrán sacado que existe en España la provincia de Cartagena?

¿Y de dónde demonios habrá sacado *El Liberal* también que en esa supuesta provincia de Cartagena existe el pueblo de Abraules?

Seguramente quisieron escribir Alumbres, pueblo que, efectivamente, pertenece á la provincia de Murcia, ni más ni menos que Cartagena, repentinamente convertida por *El Liberal* en capital de provincia.

Alguien dirá (este alguien será, seguramente, el autor del doble disparate) que la cosa no tiene gran importancia. Nosotros, opinando, por fortuna, de distinto modo, creemos que es sumamente importante por el doble disparate en sí y por la cola que puede traer.

Porque lo que el público dirá: Si cuando hablan de España dicen estos desatinos, ¡qué atrocidades escribirán en cuanto se alejen un poco.

¡Ay, sí! Asusta pensar lo que los periódicos han disparatado hablando de Rusia y del Japon.

Conste, pues (y esto es lo que nos proponíamos demostrar), que la lectura de los diarios no excusa la de una mediana Geografía.

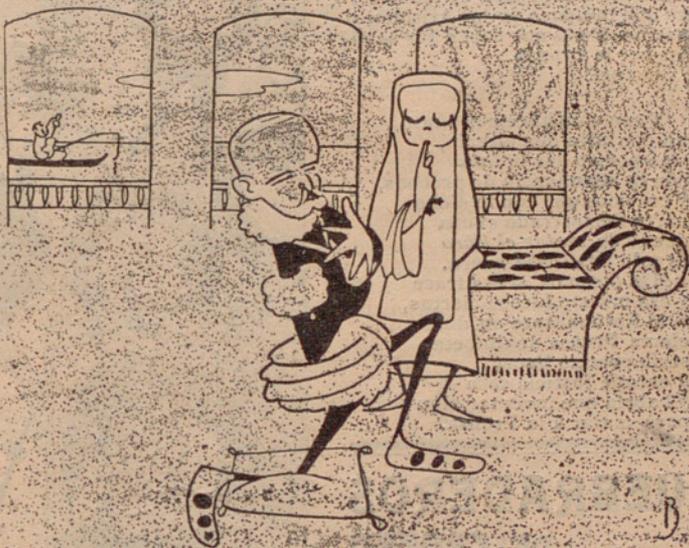
Ya tenemos, pues, un libro que se escapa de la quema, un libro que no perece á las manos de la Prensa.

El mismo *Liberal*, que vino de la villa y corte á enseñar á los barceloneses el verdadero é inimitable procedimiento para hacer periódicos á la moderna y bien escritos, dice hablando del funicular de Vallvidrera: "Ha de irse hasta la estación de salida con el tranvía de Sarriá."

Y aquí daremos también á *El Liberal*, por su bien, una amistosa lección para que no escriba con donde debe escribir en.

En el mismo número en que hace *El Liberal* mangas y capirotos con las preposiciones del idioma que vino á enseñar á los barceloneses dice, para ponderar la sangre fría de una mujer que había agredido á un magistrado: "Cuando vió que la encerraban en un calabozo no se imputó poco ni mucho."

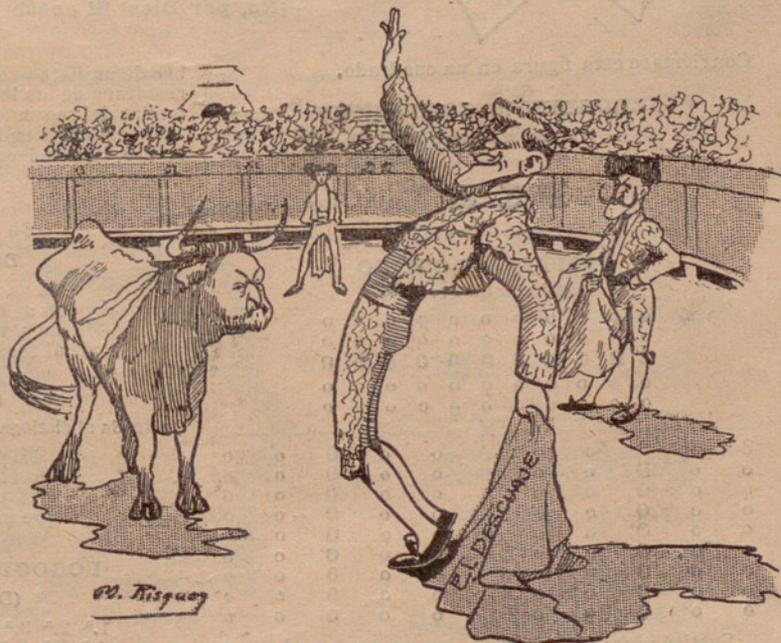
Esto es ya tan garrafal que lo pasa mi indulgencia como errata accidental de las que con gran frecuencia nos endilga *El Liberal*.



El Tenorio de la Alcaldía y su Inesita; con una Inés no se atreve.

Pero, por mucha que la indulgencia sea, no podemos dejar de sacar de los disparates señalados dos valiosas consecuencias en apoyo de nuestra tesis.

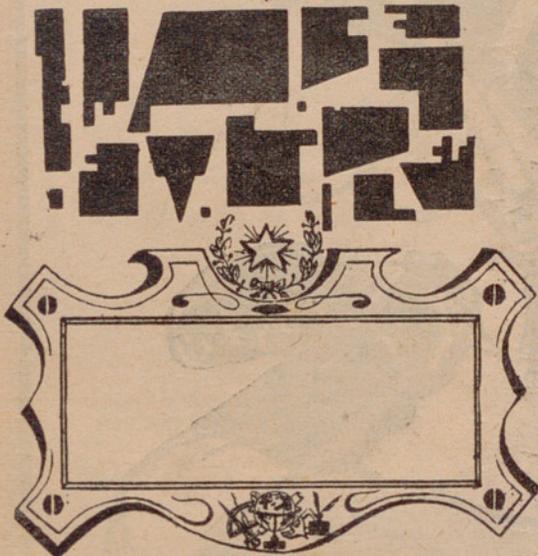
Conste, pues, que la lectura de la Prensa no excusa tampoco la compra y la lectura de una Gramática.



Antonio Maura (a) Monago consintiendo á Canariero (último bi-cho de la corrida liberal) para tirarse á paso de banderillas.

ROMPE-CABEZAS

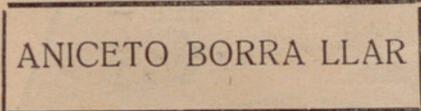
(De Luisa Guarro Mas)



Córtense las diez y seis figuras y encuádrense en el marco de manera que sobre fondo negro se lea el nombre y apellido de un célebre novelista francés.

TARJETA

(De M. Moreno Olvan)



Combinense de tal manera esas letras hasta que den por resultado dos conocidas zarzuelas.

ADVERTENCIA

Nuevamente recordamos á los aficionados á quebraderos de cabeza que las soluciones (excepto las

correspondientes á los concursos, de los cuales cada vez se indican las bases) han de remitirse antes del miércoles de la semana en que haya de procederse á su publicación. No extrañen que se deje de dar cuenta de ellas los que las envíen con retraso.

SOLUCIONES

(Correspondientes á los quebraderos de cabeza del 20 de Octubre)

A LOS JEROGLÍFICOS COMPRIMIDOS

Antepalco
Dosis

A LOS PROBLEMAS

Las otras dos distancias miden respectivamente **661 kilómetros y 617 kilómetros.**

El péndulo dará **4 oscilaciones**

AL ACRÓSTICO

RÓMULO ANUEL
ARTURO
SERAPIO
ERNSTO
RAFAEL
SILVERIO
INDALECIO
TORCUATO

A LA CHARADA

Balneario

Soluciones recibidas.—Al primer jeroglífico comprimido: Lola Molló, José Prats Serra, Antonio Sistachs, Angel Otzet, José Bonafont, Vicente Regás, Miguel Ferrer Dalmau, José Pallarés, Vicente Salvador, Isidro S. Pallarés y Manuel Albi.

Al segundo jeroglífico: Lola Molló, María Sister, José Buxadé, Pedro Torrens, Angel Otzet, José Bonafont, José Prats Serra, Antonio Sistachs, Manuel Albi, José Pallarés, Vicente Salvador, Isidro S. Pallarés y José Perich.

A la charada: Lola Molló, María Sister, José Perich, Vicente Borrás y Baiges (Mataró), Angel Otzet, José Bonafont, Vicente Regás, Miguel Ferrer Dalmau, José Buxadé, Vicente Salvador, Isidro S. Pallarés, Fernando Cistaré y Pedro Torrens.

ANUNCIOS

DESCONFIAR

DE IMITACIONES

PROPIETARIOS DE LA REAL CASA

El citrato de Magnesia Bishop es una bebida refrescante que puede tomarse con perfecta seguridad durante todo el año. Además de ser agradable como bebida matutina, obra con suavidad sobre el vientre y la piel. Se recomienda especialmente para personas delicadas y niños.

El citrato de Magnesia Granulado Etervoscente de Bishop, originalmente inventado por Alfredo Bishop, es la única preparación pura entre las de su clase. No hay ningún sustituto «tan bueno» Póngase especial cuidado en exigir que cada frasco lleve el nombre y las señas de ALFREDO BISHOP, 48, Spelman Street, London.

En Farmacias. — Desconfiar de imitaciones

MAGNESIA

DE BISHOP

GRASA

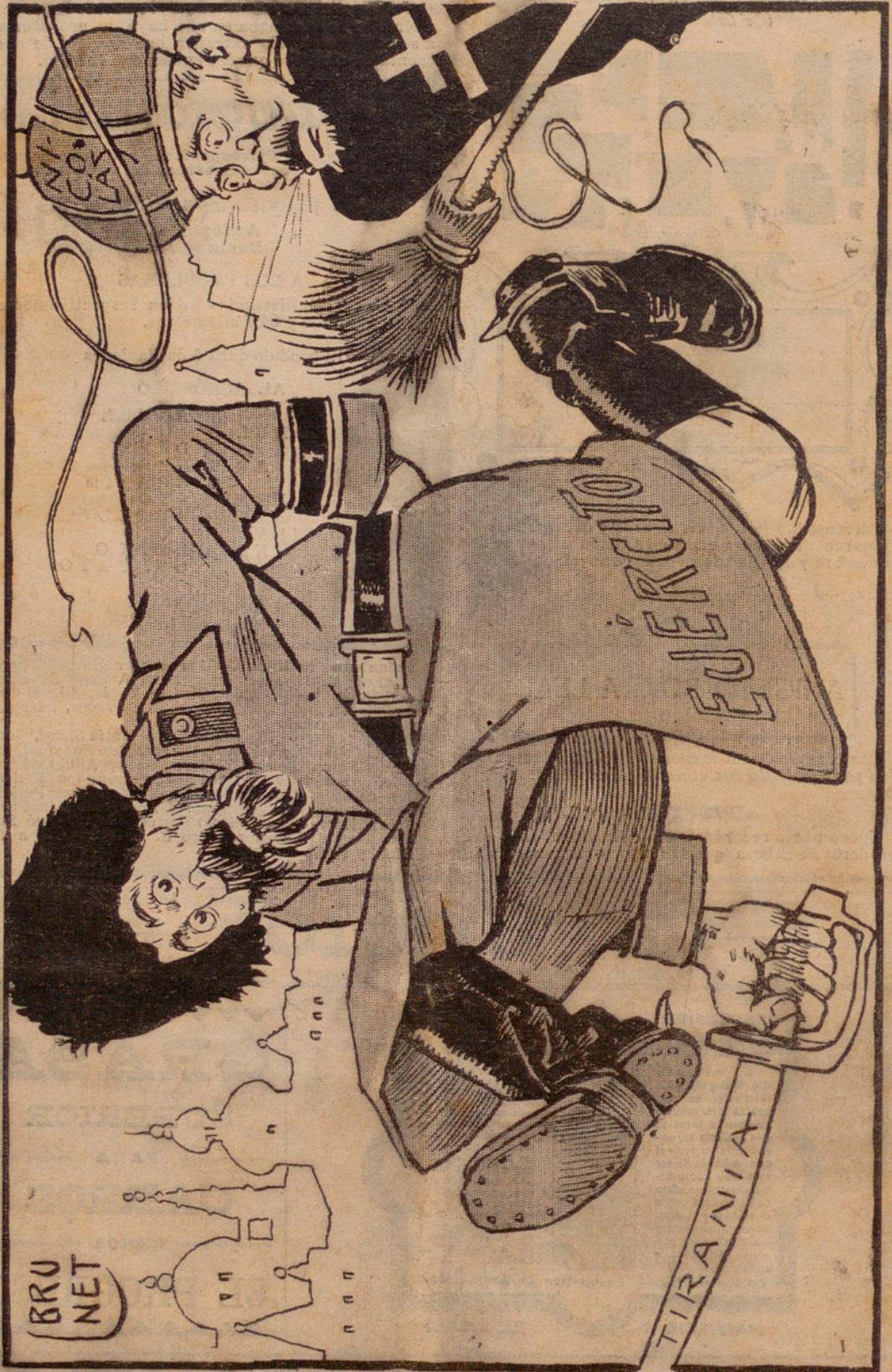
SUPERIOR

PARA

CARROS

MARCA

EL PROGRESO



LA SOLUCION PARA PACIFICAR EL IMPERIO RUSO